

Luis Gonzalo Díez

La epopeya de una derrota

El demonio de la política en los
Episodios nacionales de Galdós



Galaxia Gutenberg

LUIS GONZALO DÍEZ

La epopeya de una derrota

El demonio de la política en
los *Episodios nacionales* de Galdós

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2020

© Luis Gonzalo Díez, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 673-2020
ISBN: 978-84-17971-68-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Sus dolencias eran lastimosa epopeya, digna de que
Homero se volviera Hipócrates para cantarla.

BENITO PÉREZ GALDÓS,
El amigo Manso

Prólogo. Galdós en movimiento

He perseguido a Galdós a través del bosque de sus *Episodios nacionales* sin la voluntad de hacer un estudio literario ni histórico. Tan sólo he querido leerlos sin anteojeras de ningún tipo, enfrentarme a ellos desde la ingenuidad del lector agradecido que busca hallar en el texto materia de deleite y reflexión.

Me interesa, más que lo narrado, el pensamiento que destila lo narrado. Más que los hechos, la vida y el destino de los personajes mediante los que Galdós piensa los hechos y construye su inteligencia histórica. Cada episodio lo he afrontado como una unidad cuyo sentido debía respetarse. Pero no todas las novelas del ciclo han sido objeto de comentario, sólo aquéllas que, al tiempo que Galdós se mueve, me han permitido avanzar en mi interpretación.

He dado un valor independiente a lo que dicen y hacen los personajes, para mí, significativos, en momentos y episodios concretos. Aunque, en el caso de algunos, el esclarecimiento de dicho valor me obligue a seguir su evolución a través de varias novelas; en el de la mayoría, tal esclarecimiento afecta al papel que representan en situaciones particulares. Con esto, quiero decir que no pretendo dar una versión acabada de casi ningún personaje porque mi ensayo no es un estudio literario. Más que el personaje completo, me interesan determinados *fragmentos* del personaje que poseen un significado autónomo dentro de la lógica narrativa inherente a cada episodio.

Creo que los *Episodios nacionales*, cuyas dos primeras series fueron escritas entre 1873 y 1879 y las tres últimas entre 1898 y 1912,

no obedecen a un plan perfectamente delimitado de principio a fin. Es decir, que cada episodio y cada serie permiten a Galdós irse apoderando intelectualmente de su materia, del sentido último de lo que se trae entre manos. Este *Galdós en movimiento* es el objeto de mi persecución y el motivo de que, en la medida de lo posible, aborde cada una de las novelas comentadas como una unidad representativa en sí misma. Lo que no obsta para que, a medida que el ciclo avanza, vaya perfilando mi interpretación de fondo sobre la inteligencia histórica galdosiana. Si ésta no se halla formada desde un principio, se mueve, es fluida y cambiante; mi interpretación también lo es, constituyéndose, al fin, como una *interpretación por condensación*.

Sin anticipar nada y ofreciendo al lector que su lectura sea la tercera parte involucrada en un *movimiento a tres bandas*, sí quisiera decir que lo más relevante de los *Episodios nacionales*, al menos para mí, reside en la perspicacia de Galdós a la hora de dilucidar aspectos fundamentales de la política contemporánea. Aspectos que he sintetizado en la expresión *guerra ideológica* y que el siglo xx subrayó a sangre y fuego.

Reconozco que no he podido o sabido leer a Galdós sin la experiencia del siglo xx a mis espaldas. Esta lectura creo que me ha ayudado a entender mucho mejor la profundidad de su inteligencia histórica. Y no porque Galdós tenga espíritu de profeta, sino porque comprendió algo que el siglo xx no ha hecho sino constatar: cómo la política puede convertirse en un destino para la sociedad consumida por ella, por sus esperanzas e ilusiones perdidas, hasta el punto de enfermar el alma de los hombres y sustituir los sentimientos morales por las pasiones ideológicas. Los *Episodios* constituyen una deslumbrante reflexión narrativa sobre las actitudes psicológicas prevalecientes en una sociedad enferma de política, adoradora de un *dios* que impone el culto de la acción por encima de todo, aquella divinidad que Joseph Roth, en su primera novela, con los fuegos de la Primera Guerra Mundial a sus espaldas, llamó «el dios europeo rector de la política».

Si un Victor Serge, un Arthur Koestler, una Margarete Burber-Neumann, un George Orwell o una Evgenia Ginzburg hubiesen leído las tribulaciones de un Salvador Monsalud en la España del cisma ideológico, la melodía de esas tribulaciones difícilmente no les hubiese sonado a muy conocida. La experiencia del hombre exhausto, exasperado, resentido por el demonio de la política es, en mi caso, la huella imborrable que la obra de Galdós ha dejado impresa en mi memoria.

Otra gran lección galdosiana perfectamente audible en estas primeras décadas del siglo XXI se relaciona con los efectos paralizantes que el conocimiento histórico puede tener sobre la acción política. Igual que a Galdós la experiencia del XIX en España le llevó a un cierto escepticismo respecto de los procesos revolucionarios, a nosotros la experiencia abrumadora del XX también nos ha vacunado, hasta cierto punto, contra las utopías políticas. El novelista canario advirtió que el desmantelamiento del absolutismo provocaba una lucha abierta por el poder entre diversos grupos y personalidades que sumió a España en una espiral de desorden e inestabilidad. La lógica facciosa de la política española del XIX motivó el incumplimiento de la promesa nacional de la revolución liberal. Pero Galdós respondió a este hecho con la esperanza de que el siglo XX cumpliera aquella promesa. El escepticismo histórico inherente a su desencantada visión de la España del XIX no fue su última palabra política, tal y como queda claro en la última novela, *Cánovas* (1912), de los *Episodios*.

A nosotros, hijos del siglo XX, nos sucede un poco lo mismo. La historia de dicho siglo ha sido tan brutal para lo que Michael Oakeshott denominaba la «política de la fe» que parece que, hoy en día, cualquier plasmación de dicha política resulta sospechosa, potencialmente criminal en sus consecuencias. Mas la alternativa de la «política del escepticismo», que consiste en anteponer *lo existente* a cualquier tentativa profunda por mejorarlo apelando al *mal menor*, no hubiese sido del agrado de Galdós. Si éste, como George Orwell, nos enseña algo sobre la acción política es que el

conocimiento histórico que la constituye intelectualmente no debe tener la última palabra sobre ella.

La derrota que, para Galdós, define al siglo xix en España no lo llevó a desconfiar de la acción política como instrumento de cambio y progreso. Evidentemente, el novelista canario no era un ingenuo. Por eso, que, al final de los *Episodios*, termine reaccionando con inusitado vigor contra los *tiempos bobos* de la Restauración alfonsina dice mucho de su capacidad para asumir, como Orwell, las irresolubles contradicciones de todo compromiso político. Uno puede criticar la revolución y la política romántica inspiradora de la misma desde el punto de vista de sus consecuencias históricas y, al mismo tiempo, seguir defendiendo esa revolución y esa política para cambiar las cosas a mejor. Igual que uno puede sentirse libre para criticar la hipocresía y el oportunismo de los defensores de una determinada ideología y, al mismo tiempo, estar implicado en la realización de dicha ideología.

El tenso equilibrio entre conocimiento histórico y compromiso político representa una herencia sugestiva de los *Episodios nacionales*. Y más en un presente como el nuestro en que la «política de la fe», debido a las barbaries del xx cometidas en su nombre, suena a totalitarismo, a *negra* utopía; mientras que la «política del escepticismo» suena a justificación resignada e impotente de lo establecido.

Galdós, que se enfrentó, como nosotros, al *páramo de los hechos* de su inmediato pasado, ofrece una alternativa a canalizar las derrotas históricas por la vía exclusiva de las epopeyas literarias. El verdadero desafío será siempre el de transformar dichas epopeyas, con su neto sentido del fracaso y su acusada tendencia contemplativa, en una acción política que no permanezca ciega a la historia, que sea precavida y prudente, pero que, no por ello, pierda la esperanza. En caso contrario, el conocimiento histórico no pasará de ser el desahogo literario de unos *escépticos* que amargamente se solazan en su sabiduría de la impotencia política.

PRIMERA PARTE

La irrupción del sentimiento de nacionalidad

Los *Episodios nacionales* comienzan con la irrupción del sentimiento de nacionalidad, con el advenimiento de un mundo donde el *pueblo* toma conciencia de su protagonismo. En la primera novela, *Trafalgar* (1873), la vieja idea de una patria vinculada con las figuras tradicionales del poder cede su lugar a una *epifanía popular* en virtud de la cual se reconoce en la patria al conjunto de hombres comunes que viven en una misma tierra y comparten afectos, memoria, paisajes y oficios.

El sentimiento de nacionalidad irrumpe como condensación *pública* de los trabajos y los días del pueblo, de su cotidianeidad e intimidad. Como si éstas terminasen alentando la visión de un *reino de plebeyos* donde las costumbres en común se metamorfosean en el fundamento de una nueva comunidad política. La cual ya no estaría caracterizada por la lógica del poder, sino por vínculos profundos de fraternidad. Motivo de que, en *Trafalgar*, el sentimiento de nacionalidad posea una dimensión más humanitaria que política, transmita el aroma de un cierto apoliticismo que permite soñar con una final comunión de los pueblos de la Tierra basada en el mutuo reconocimiento de su amor a la patria.

Este nacionalismo apolítico y humanitario que parte de la realidad cotidiana de los hombres comunes, de sus tradiciones y oficios, de sus entornos familiares y vecinales, de la particular geografía física y moral en que transcurre su vida sitúa a Galdós en la herencia del pensador alemán Johann Gottfried Herder (1744-1803). Soñador ingenuo y desprejuiciado de un nacionalismo de raíz universalista e ilustrada que nada tiene que ver con ese otro nacionalismo político y agresivo, dominante y excluyente, que se terminó adueñando de la escena histórica en los siglos XIX y XX.

La irrupción del sentimiento de nacionalidad sorprende al joven Gabriel Araceli en la forma de *tres catarsis* durante la batalla de Trafalgar:

La primera catarsis consiste en el paso *de un patriotismo vulgar al sentimiento purificador de la nacionalidad*. Gabriel Araceli, en un fragmento antológico, enuncia dicho sentimiento subrayando sus aspectos más emocionales y menos políticos, como si la patria fuese trasunto, más que de una forma de gobierno nacional, de una singularísima *gran cadena del ser* que une a los hombres de una misma tierra en un vínculo de inmemorial armonía, donde la vida pública aparece como la forma sentimental de lo más íntimo, personal y doméstico de la gente. Haciendo posible una interiorización natural de la idea de patria que refuerza su sentido de unidad y solidaridad más allá de las divisiones que la política inoculará posteriormente en ella.

Gabriel Araceli representa, con sus encendidas palabras, el *momento ingenuo* del sentimiento de nacionalidad, cuando éste aún no ha sido desgarrado por el cisma ideológico y la lucha entre facciones que competirán por monopolizarlo en exclusiva. Asunto que ocupará a Galdós en las restantes series de sus *Episodios*. Dice Araceli:

El patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer a aquella casta matadora de moros (...) la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre Ministro (...) Pero en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu (...) Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria, es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado por su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación

fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas, la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitáculo de sus santos y arca de sus creencias, la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos, el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles transmitidos de generación en generación parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones, la cocina, en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los cuentos con que las abuelas amansan la travesura e inquietud de los nietos, la calle, donde se ven desfilar caras amigas, el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales, todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara (...)

...me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, a quien dirigí una oración que no era Padrenuestro ni Avemaría, sino algo nuevo que a mí se me ocurrió entonces.

La segunda catarsis consiste en el paso *del estereotipo del inglés a la visión honorable del inglés* producida en el muchacho por su experiencia bélica:

Siempre [dice Araceli] se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces había surcado los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor. Me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos...

La tercera catarsis experimentada por Gabriel Araceli consiste en el paso *del odio a su tío por las vilezas cometidas por éste al perdón de sus culpas* durante su entierro marino con otros valientes muertos en la batalla:

Aquel hombre había sido muy malo para mí, muy malo para su hermana; pero era mi pariente más cercano, hermano de mi madre; la sangre que corría por mis venas era su sangre, y esa voz interna que nos incita a ser benévolos con las faltas de los nuestros no podía permanecer callada después de la escena que pasó ante mis ojos (...) En aquel momento, no me acordé de que aquel hombre había sido un gran criminal, ni menos de las crueldades que usó conmigo durante mi infortunada niñez. Yo les aseguro a ustedes, y no dudo en decir esto, aunque sea en elogio mío, que le perdoné con toda mi alma...

El sentimiento de nacionalidad fundamenta la patria en el amor, lo que la libera de emociones espurias como el orgullo, permitiendo, entre otras cosas, comprender que también los extranjeros pueden sentir amor por su país, hecho éste fundamental para contemplarlos al margen del estereotipo creado por un vulgar y orgulloso patriotismo. Liberarnos del orgullo significa no sólo purificar mediante el amor nuestra relación afectiva con la patria, sino purificar, también, nuestra mirada sobre el extranjero mediante la empatía, que posibilita entender *su* relación con la patria desde *nuestra* relación con la misma. Pero el amor en que se funda el sentimiento de nacionalidad no sólo apunta a la patria, esa condensación pública de los trabajos, recuerdos, costumbres, objetos y ambientes que circundan la vida privada de la gente, sino, también, a los sentimientos más personales de uno mismo, a la biografía de cada persona. Es decir, limpia el corazón tanto de patriotismos como de odios y resentimientos que, en principio, nada tienen que ver con lo nacional, pero los cuales, llegado el caso, pueden ser purgados mediante el aura de lo nacional.

El sentimiento de nacionalidad es, para Galdós, un *punto de equilibrio vital* que, en el caso del Araceli transfigurado, le permite alcanzar la madurez siendo aún un muchacho. Dicho sentimiento nos enseña a querer a nuestra patria como hay que quererla, sin orgullo y con amor; a ver al extranjero como hay que verlo, sin las lentes deformantes del prejuicio, y a ser mejores personas, capaces de perdonar a quienes nos han hecho daño.

La comentada irrupción afecta a la conciencia de un Gabriel Araceli *históricamente encantado* por la batalla, en que muy pronto pasará de ser espectador asombrado a actor apesadumbrado por la derrota, pero renacido en el sentimiento. Lo sublime de ese encantamiento histórico crea las condiciones psíquicas de una emoción que nace, por ello, vinculada con un *estado transfigurado de la conciencia*.

Trafalgar gira en torno a una visión sublime de la historia saturada de elementos épicos y trágicos. Y al igual que el sentimiento de nacionalidad tiene algo de religioso, la historia, en esta novela, tiene algo de absoluto que rompe las barreras entre lo público y lo privado, entre el heroísmo y lo doméstico, entre la derrota militar y la plenitud sentimental, entre el espectador y el actor. El viaje de iniciación de Gabriel Araceli le lleva a cruzar la conradiana *línea de sombra* enfrentándole a una totalidad de sentido que acaba con las diferencias y une los extremos en una renacida unidad de pertenencia.

Lo nacional irradiaría no del *poder* ni del *estereotipo*, de una historia contemplada al modo tradicional, sino de la *gente* que habita y vive en una misma tierra. La historia percibida desde ese sentimiento popular se convierte en un revulsivo que termina afectando a todas las dimensiones de la vida humana, convirtiéndose, como antes la religión, en un punto de equilibrio vital asociado con la madurez intelectual y moral de la persona.

El problema que plantea esta renovación del sentimiento histórico es que hace de lo nacional un absoluto para el hombre que, llegado el caso, puede resultar más opresivo y ominoso que los antiguos símbolos del poder y el patrioterismo más mostrenco. Pero Gabriel Araceli, aunque ya viejo, barrunta cómo el sentimiento de nacionalidad bloquea el final hermanamiento de los pueblos; como muchacho, experimenta la catarsis del sentimiento histórico sin prevención ni duda, asumiendo vitalmente su promesa. Esta experiencia de plenitud nacional constituye, en su descripción, el principal logro de la novela.

Dice Gabriel evocando ya viejo los acontecimientos de su juventud:

Como quien repasa hojas hace ya tiempo dobladas de un libro que se leyó, así miro con curiosidad y asombro los años que fueron (...) Parece que en mi cerebro entra de improviso una gran luz que ilumina y da forma a mil ignorados prodigios, como la antorcha del viajero que, esclareciendo la oscura cueva, da a conocer las maravillas de la geología tan de repente, que parece que las crea (...) Sobre todos mis sentimientos, domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso periodo comprendido entre 1805 y 1834. Cercano al sepulcro y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas de mis ojos, amor santo de la patria! En cambio yo aún puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.

Trafalgar está construida como un viaje iniciático guiado por la fe y el entusiasmo hacia un *estado de felicidad*, el que se obtiene de fundir memoria e historia en el molde del «amor santo de la patria». La pasión memorialista de Gabriel Araceli es la pasión de la historia transfigurada por el sentimiento de nacionalidad. Él, «el más inútil de los hombres», sobrepasa al «ruin escéptico» y al «filósofo corrompido» porque la felicidad alcanzada cuando era un muchacho se instaló en su vida como una fe indestructible. La memoria de lo nacional, de aquella visión purificadora que lo invadió y se adueñó de él en la batalla, primero como espectador («Digo francamente que en aquel día no me hubiera cambiado por Nelson») y después como actor, confiere a Gabriel el aura que lo distingue del posterior envilecimiento histórico motivado por el escepticismo, el desengaño y la corrupción.

El Galdós de los años setenta, década en que escribe las dos primeras series de los *Episodios*, contempla el arranque del siglo como un momento de euforia que preserva a los hombres embargados entonces por ella de la *caída* en una forma de vida histórica en que lo sublime ha dado paso a lo prosaico («intereses de un día») y el entusiasmo, al escepticismo. En un mundo prosaico y escéptico, Gabriel será el más inútil de los hombres, pero siempre destacará en él por conservar pura la inocencia de su juvenil

emoción histórica, por aún derramar lágrimas en nombre del «amor santo de la patria». De ahí que *Trafalgar* sea una incursión idealizada en el sueño vivificador de la historia que trata de recuperar el lenguaje de lo sublime cuando ya aquel sueño se ve asediado por ruines escépticos y filósofos corruptos.